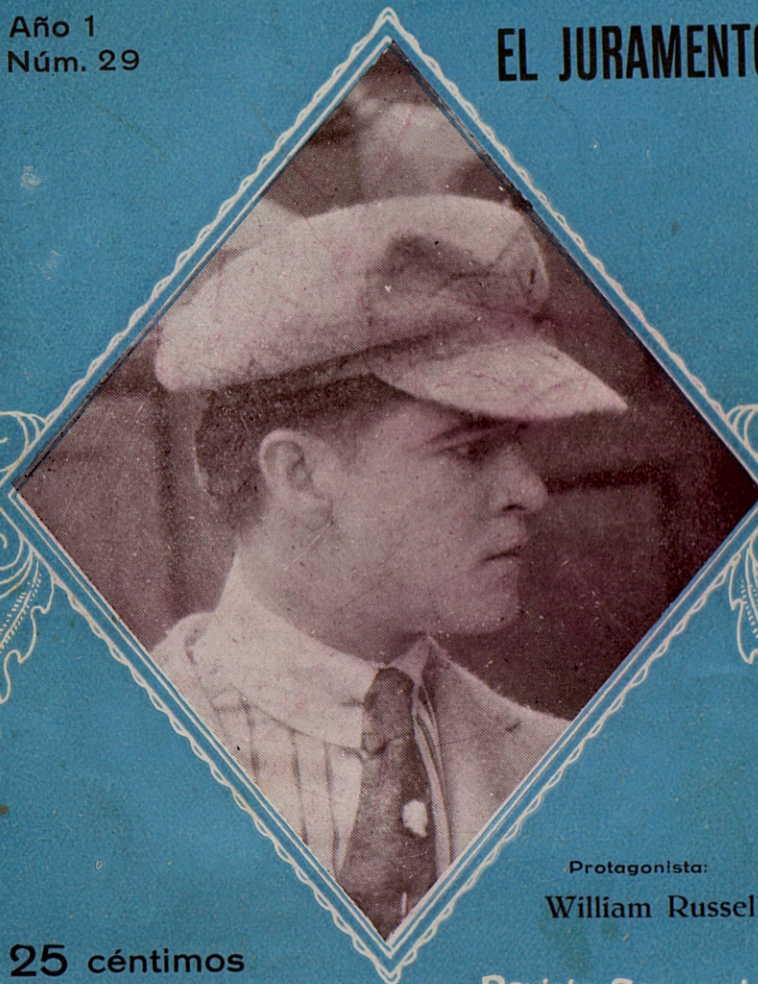


Novela Popular Cinematográfica

Año 1
Núm. 29

EL JURAMENTO



Protagonista:
William Russell

25 céntimos

Revista Semanal

EL JURAMENTO

Novela cinematográfica basada en la película del mismo título. Exclusiva de «Procine», Consejo de Ciento, 332.

PROTAGONISTA: WILLIAM RUSSELL

I

En Long Peak, cerca de las Montañas Rocosas, William Darcey gastaba inútilmente, con el tiempo, buena parte de su fortuna.

Diariamente se celebraban en su morada banquetes y francachelas, a las que acudían, desde la ciudad próxima, gran número de desocupados que se llamaban amigos de William. El cual, pródigo en extremo e igualmente incauto, no se percataba de que muchos de aquellos hombres, especialmente los que ya habían tomado posesión de la casa, tal que si de ellos fuera, apenas si merecían su estimación.

Entre los que decían ser sus íntimos, debemos mencionar a Joe Gates, verdadero parásito de la amistad.

El único amigo sincero que tenía William entre todos aquellos hombres que le rodeaban, era Roberto, un joven enfermizo, unido a él por lazos de gratitud. Vivían juntos hacía ya mucho tiempo, y eran muy capaces, tanto el uno como el otro, de cualquier sacrificio por el amigo.

Los demás que gozaban de los beneficios de la prodigalidad de William, eran, en verdad, gentes despreciables, y más despreciable que todos, el ya nombrado Joe Gates.

El día que comienza nuestra historia, William, en unión de otros cuantos jóvenes, lo mismo que en otras muchas ocasiones, se dedicaba a dejar vacías, una tras otra, botellas de vinos generosos, en tanto que iba explicando las peripecias de un día de caza, teniendo la escopeta entre las manos y apuntando con ella, ahora aquí, después allá, pero sin ninguna intención de disparar.

Su amigo Roberto, que estaba apartado en un rincón, pensó en llevar a cabo una broma, como para probar el valor de los falsos amigos de William. Tal como lo pensó lo hizo. Cogió, de encima de la chimenea, una pistola y disparó con ella, al aire, pero queriendo dar idea de que disparaban desde fuera. Todos, menos William, se asustaron. Roberto se echó a reír ruidosamente. Ya sabía lo que podía esperarse de todos aquellos hombres, falsos amigos de su amigo.

El llamado Gates, dándose cuenta del ridículo en que se había puesto con su miedo, de verdad sentido, quiso vengarse. Y se arrojó sobre Roberto. Este se defendió. Pero como estaba enfermo, pronto se agotaron sus fuerzas. William, que no se había movido del sitio en que estaba cuando Roberto disparó, asistía a aquella lucha con indiferencia, creyendo que se trataba de una broma. Mas, cuando

vió que se trataba de golpes en serio; cuando vió que su amigo Roberto, sin fuerzas, se debatía sudoroso, no pudiendo rechazar a su adversario, se levantó de sobre la mesa y gritó:

—¡Basta!

Nadie contestó. Gates seguía cebándose en Roberto. William gritó otra vez:

—¡Basta, he dicho!

Y como nadie le contestara tampoco, fué hacia donde luchaban y, cogiendo a Gates por los brazos y apretando para volverlos, lo que consiguió fácilmente, le hizo hincarse de rodillas, vencido y sin fuerzas. Hecho esto, dijo:

—Había dicho «¡Basta!». ¿No lo oísteis?

Nadie respondió.

William se echó a reír y agregó:

—Sigamos bebiendo, amigos. Aquí no ha pasado nada.

Forzadamente rieron los demás, y continuaron todos vaciando botellas.

En tanto que William se divertía, en su finca, de este modo, en la ciudad cercana, su agente de negocios, un mal hombre llamado Fred Penech, preparaba un nuevo golpe contra la fortuna que él le tenía confiada. Con este propósito, el agente escribía a un hermano suyo la siguiente carta: «Querido hermano: Siguiendo tus instrucciones, estoy convenciendo a William Darcey para que invierta diez mil dólares en acciones de la «Gold Mining Co». Si cae en el lazo, recuerda mi comisión y abónamela en cuenta. Tu hermano, *Fred*.»

A la misma hora que este tipo escribía esa carta, allá en uno de los barrios modestos de la ciudad, estando sola en su habitación, un poco triste y otro poco preocupada, una joven, bastante bella y de inteligencia despierta, llamada Nora Berter, que

también había sido víctima de la rapacidad del agente Penech, recibía una carta de su madre, concebida en los términos siguientes: «Querida hija: Sin pérdida de tiempo visita a Penech y procura recuperar parte del capital que con tanta astucia nos ha estafado. Procede con cautela para que no sospeche y hazle presente mi angustiosa situación. Tu madre que te adora, *Sally Berter.*»

La joven Nora conocía hacía ya mucho tiempo a Penech, al que odiaba con toda su alma. Al recibir esta carta de su madre, venciendo su repugnancia hacia aquel hombre, se dispuso a visitarle sin pérdida de tiempo. Al efecto, se vistió, salió y, unos momentos después, se hallaba ya en el despacho del agente, que no la recibió con mucho agrado.

Cambiaron un saludo frío, y en seguida Penech, como en tono de disputa, preguntó:

—Bueno. ¿Qué es lo que desea usted?

—Comprenderá—contestó la joven en tono reposado—que no he venido aquí para discutir con usted. He venido simplemente a reclamaros parte de lo nuestro.

—Su señora madre perdió su capital por haberme dado instrucciones poco afortunadas. No tengo yo la culpa de esto. Usted debe comprenderlo...

—Mi madre, en efecto, le dió instrucciones; pero, ¿no se las había sugerido usted cautelosamente?

—Me juzga usted mal. Para que se convenza de ello, y en atención a usted, veré de hallar una forma de remediar las pérdidas que las disposiciones de su madre han ocasionado. Venga mañana sin falta a esta misma hora.

Después de esto, Nora se despidió y salió. Ya fuera del despacho, vaciló y pensó volver a entrar

otra vez para decir a Penech que no creía en sus palabras. Cuando iba a hacerlo, oyó que el agente ordenaba a su criado:

—Prepara mi equipaje. Quiero salir ahora mismo para mi hacienda de Long Peak.

Nora, al oír esto, pensó: «Huye. Me ha citado para mañana, y se va.»

Era tan cínico este proceder de Penech, que la joven, indignada, estuvo a punto de entrar en el despacho y abofetear al agente.

Reaccionó y, pensándolo mejor, obsesionada desde hacía ya algún tiempo por ideas siniestras, se dispuso a ponerlas en ejecución. Iría a la hacienda de Penech; le esperaría allí; y allí, o le arrancaría la fortuna que les había arrebatado, o le mataría.

Con este propósito salió y se encaminó, sin dudar ni un instante, a la hacienda de Penech, en una de cuyas habitaciones se escondió, en espera de la llegada del agente, dispuesta a vengar la ruina de su anciana madre.

En la hacienda de William, cerca de la de Penech, seguía la francachela. Casi todos los falsos amigos de nuestro protagonista estaban ya borrachos. Y aun seguían pidiendo más bebida.

William dijo a un criado negro que les servía:

—¡Trae más whisky, Manolín!

—No queda ya ni una gota, mi jefe.

—¿Cómo que no queda?

—No queda, no. ¡Se lo han bebido ustedes todo el que había!

Protestaron los invitados. William, imponiéndose, dijo:

—No hay que apurarse, amigos. Iremos a la hacienda de mi agente Penech, que está muy cer-

ca de aquí. Allí, en la bodega, hay abundante cosecha de buenos vinos y de exquisito whisky.

—Pues en marcha—gritaron todos.

Subieron en los dos automóviles que poseía William y, rápidamente, partieron hacia donde estaban seguros de encontrar más bebidas.

Nora les vió llegar con terror. ¿Quiénes serían aquellos desconocidos? ¿A qué vendrían allí? Se encerró, por dentro, en el cuarto en que se había ocultado esperando la llegada de Penech, temblorosa y un poco arrepentida del paso que había dado.

Cuando apenas acababa de dar vuelta a la llave, entraron en la casa, ruidosamente, aquellos hombres medio borrachos.

William, levantando una alfombra, señaló la compuerta por donde se bajaba a la bodega. La abrieron y bajaron todos, menos William que se quedó arriba, esperándoles.

Nora, creyendo que todos habían desaparecido, abrió la puerta para enterarse de lo que aquellos hombres hubieran hecho. Al abrir, William estaba mirando hacia allá. Cruzaron una mirada interrogativa, sorprendidos los dos. Pero la cara de William tenía tanta nobleza, que Nora no se asustó. Fué el joven hacia ella, deseoso de hablarla, de preguntarla algo.

Cuando llegaba junto a la puerta en que estaba ella, y antes de que cruzaran la palabra, los que habían bajado a la bodega empezaron a subir cargados de botellas. Cerró otra vez Nora la puerta. Pero no sin que antes, Gates, que fué el primero en subir, se diera cuenta de que aquella puerta se cerraba, sin que en ello interviniera William.

Hubo un momento de silencio. Y durante él, subieron todos los demás. Gates, sin decir nada,

se dirigió, decidido, hacia la habitación en que Nora se ocultaba.

—¡Alto!—gritó William.—¡No se pasa! Aquí guardo yo una joya que vale un mundo.

Gates, al frente de los demás, sin decir nada, siguió andando, como dispuesto a entrar a pesar de todo. William añadió:

—Se trata de una señora y repito que es mía. ¡Quien quiera disputármela ha de jugarse la vida!

—¡Lo mejor será que nos la juguemos a las cartas!—dijo Gates.

Los demás aplaudieron esta proposición. Y William, indignado, dijo en voz alta:

—¡Muy bonito! De modo, que ahora resulta que todos ustedes no son otra cosa que un atajo de bandidos.

Después de estas palabras, naturalmente, no quedaba otro remedio que luchar. Y así fué.

Todos se abalanzaron sobre William y Roberto, dispuestos a dar fin de ellos para después apoderarse de aquella mujer que ninguno, excepto William, había visto. Y si bien Roberto, por su enfermedad, era débil, William, en cambio, era robusto y tenía una fuerza indomable. Tanta era su fuerza, que pronto estuvieron fuera de combate casi todos sus adversarios. Pero quedaba en pie el más temible y el más traidor: Gates. El cual encontró, para mayor alegría suya, una pistola. Ya se disponía a disparar contra William cuando éste se dió cuenta de ello. Y, dando un salto de tigre, cayó sobre él y le arrebató el arma. Con ella, ordenó a todos que salieran de la casa.

—¡Salgan todos de aquí, miserables, desvergonzados!

Luego, entregando la pistola a su amigo Roberto, le dijo:

—Y tú, Roberto, hazme el obsequio de acompañar a mis invitados con todo el cuidado y atención que se merecen.

Roberto, sonriendo, llevó a los falsos amigos de William hasta el auto, montó tras ellos y, sin dejar de apuntarles con la pistola, les ordenó que partieran.

II

Cuando, conducidos por Roberto, habían salido de la casa aquellos borrachines desvergonzados, Nora abrió la puerta y, acercándose a William, exclamó, con voz henchida de agradecimiento:

—¿Cómo podré corresponder al favor que me ha hecho usted, caballero?

—Soy yo, señorita, el que debe estarle agradecido. Me hacía falta un ratito de entrenamiento y usted me lo ha proporcionado...

—Es que yo creo que lo que ha hecho usted por mí es algo más que un entrenamiento. ¡Si hasta está usted herido! Mire, le sale sangre de la frente.

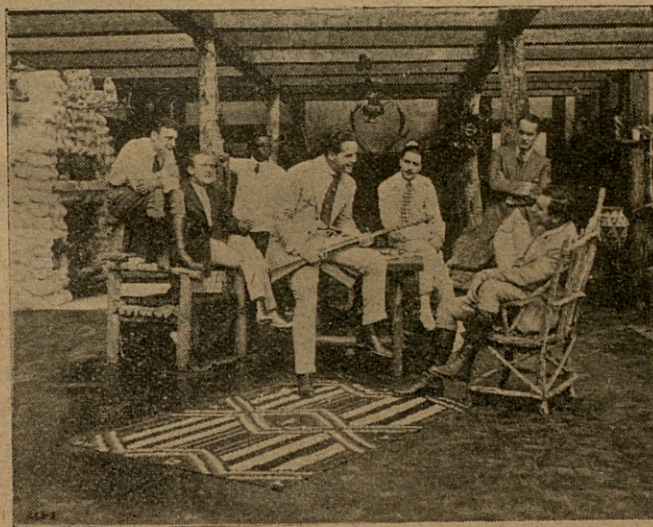
—No debe ser nada, porque no me he dado cuenta de ello ni he sentido ningún dolor.

—De todos modos, es preciso curarlo.

Nora, presurosa, buscó una jofaina, la llenó de agua clara y, acercándose a una ventana para ha-

cerlo con plena luz, se puso a lavar la frente herida de su defensor.

William estaba tan encantado de lo que aquella joven hacía con él, que no acertaba a pronunciar ni una palabra de reconocimiento, cosa que tan hondamente sentía en aquellos instantes.



Primero, la belleza de la joven le había maravillado; luego, sus palabras sencillas, emocionadas, cuando salió del cuarto, después de la lucha, le habían sugestionado; ahora, el sentir la suavidad de sus manos sobre la frente, se sentía acariciado, fuera de sí tan feliz, y la naturalidad con que la joven hacía aquello, era lo que más le encantaba. Realmente, no sabía qué decir de tantas cosas que se le ocurrían.

De pronto, mirando por la ventana, hacia el campo, vió a Penech que llegaba a pie, y dijo:

—Llega el señor Penech, señorita. Es el propietario de esta hacienda y mejor será que no la vea.

—Sí, mejor será—contestó Nora.

Y se volvió a encerrar en la habitación donde ya antes había estado.

El auto en que Penech había hecho el viaje había sufrido un accidente y de aquí su retraso en llegar a la hacienda. De no haber ocurrido esto, habría llegado poco después que Nora y que William y sus acompañantes.

El accidente hizo que Penech llegara cuando ya todo había terminado, teniendo que recorrer, además, gran parte de camino a pie.

Estando arreglando el auto, vió pasar, en dirección contraria, con el consiguiente estupor, a unos hombres, en otro auto, bajo la amenaza de una pistola que empuñaba uno de ellos, montado detrás de todos. Eran Roberto y los falsos amigos de William. Esto hizo a Penech sospechar alguna cosa, que bien pudiera haber ocurrido en su hacienda, y le decidió a dirigirse allá andando, ordenando al chofer que fuese cuando terminara de arreglar el auto.

De aquí, pues, que William le viese llegar solo y a pie.

Cuando apenas Nora había cerrado tras sí la puerta de la habitación en que volvía a esconderse, entró Penech, sorprendido de encontrar en su casa señales de haber alguien en ella. Y vió, en seguida, a William, que le recibía sonriendo.

William era tan franco, que no podía sospechar disgustara a su agente el encontrarle allí. Juzgaba por él mismo, que siempre que volvía a su ha-

cienda y encontraba en ella a un amigo, recibía una gran alegría. Pronto, sin embargo, tuvo ocasión de percatarse de que se engañaba. Penech, muy seriamente, dijo:

—William, permítame indicarle que no apruebo su presencia en mi casa sin mi permiso.

Al oír estas palabras, se heló la sonrisa que William tenía en sus labios. Pero, en seguida, dándose cuenta de la situación, dijo con energía:

—Comprendo perfectamente, Penech, su disgusto. Pero me veo obligado a decirle que, además de haberme tomado la libertad de venir aquí sin su permiso—cosa mal hecha, pero a la que yo, cuando un amigo lo hace no le doy importancia—no podrá usted disponer, hoy, de sus habitaciones.

—¡Ah! ¡Comprendido! Ha hecho usted una conquista y piensa rematarla en mi propia casa. ¿No es eso?

—Le prohibo a usted hacer tales suposiciones. Y le ruego que, sin intentar saber la causa, renuncie usted, hoy, a permanecer aquí.

—Sólo he de consultarle a esas palabras una cosa. Márchese usted ahora mismo, o daré cuenta de su audacia a la policía.

—Haga usted lo que guste, pero le repito que no entrará usted en esa habitación.

—¿Quién ha de impedírmelo?

—Yo.

—Eso, lo veremos.

Penech, dichas estas palabras, se encaminó, decidido, hacia la puerta, tras la que, angustiada, Nora oía la conversación. William le cerró el paso. El agente, entonces, se abalanzó sobre William. Y éste, que esperaba el ataque, se defendió. Comenzó una lucha brutal. Y como William, por efecto de los esfuerzos que había tenido que hacer poco an-

tes se hallaba bastante débil, se veía que iba a ser vencido por Penech. La sensación de esto la tenía bien clara, desde dentro de la habitación, Nora. Y se dispuso a evitar que aquello ocurriera. Abrió para ello, con sumo cuidado, la puerta. Y, en un momento en que William iba a caer al suelo, vencido, ella disparó una pistola que llevaba preparada para su venganza. Penech cayó al suelo, herido apenas en la cabeza. William corrió a la puerta, quitó a Nora la pistola y la obligó a cerrar nuevamente. Cuando, un momento después, Penech se levantó del suelo, puestas las manos en su pequeña herida, vió el arma en las manos de William.

Al ruido del disparo, habían acudido el chofer que ya estaba allí con el auto arreglado y un guarda de la finca.

Penech, señalando a William, dijo:

—Este hombre me ha herido.

Los dos se arrojaron sobre él para sujetarle. Pero William, más listo que ellos y viendo que Nora había abierto otra vez la puerta, logró alejarlos de un empujón, entró donde Nora le esperaba y cerró tras él.

Los dos y Penech con ellos, se abalanzaron sobre la puerta para derribarla. Pero estaba bien cerrada. Y mientras ellos intentaban abrir, William y Nora, después de haber destrozado él una ventana, salían por ella, montaban en el auto y se alejaban de la hacienda. Era ya de noche.

Como consecuencia de todo lo pasado, quedábale a William un delicado problema por resolver: ¿Qué haría de la joven que había protegido, que iba allí a su lado, hasta que amaneciera? Se volvió hacia ella y le dijo:

—Perdió usted el último tren que va a la ciudad, señorita. Lo mejor será que venga usted a

pasar la noche en mi casa donde montaré una guardia de honor para protegerla. ¿Quiere usted?

—Fío por completo en lo que usted disponga— le contestó Nora.

Encaminó, pues, William el auto hacia su hacienda.

En ella, Roberto, después de haber entregado a los visitantes las cosas que allí tenían y de haberles ordenado que partieran, se había ido a dormir. Durmiendo le encontró William. El cual, despertándole, le dijo:

—Levántate, Roberto. Hoy tenemos invitados de cierta calidad.

Roberto, adormilado, no contestó. Agregó William:

—Monta la guardia, Roberto. Guardamos un ángel y no conviene que se nos meta el diablo en casa.

Diciendo esto, preparaba la cama para Nora, ponía en ella sábanas limpias, andaba, alegre, de acá para allá. Cuando terminó fué a buscar a la joven, que estaba en una habitación vecina, y le dijo:

—Tiene usted su habitación dispuesta. Duerma tranquila. Mi amigo Roberto y yo velaremos su sueño.

Condujo a Nora a la habitación. Le mostró el lecho. Luego salió, cerrando la puerta.

Buscó a su amigo, y con él dispuso la cama para los dos en el portal de la casa. Roberto, extrañado, interrogó:

—Dime, William: ¿es que te has propuesto pescar un reuma?

—Dime, Roberto— le contestó: —¿es que te has olvidado de nuestra proverbial galantería?

Roberto, simulando enfadarse, le volvió la es-

palda. Un momento después, dormía. William se puso a fumar su pipa. Y pensaba en la joven que dormía aquella noche en su casa. Luego se durmió también.

Despertó con la aurora. Y en seguida movió a su amigo, para que despertara también. Y le preguntó:

—Dime, Roberto: ¿no crees que he comprometido a esta joven haciéndola dormir en mi casa? ¿Quieres aconsejarme lo que debo hacer?

—Casarte con ella y dejarme dormir un rato más—le contestó Roberto.

Entretanto, en la habitación, vestida ya, Nora escribía una carta. Cuando la hubo terminado, salió, la clavó con un alfiler en la puerta y abandonó la casa, saliendo de ella por la parte contraria a la en que los dos hombres dormían. Se encontró en el campo. Caminó largo rato por el bosque. Luego, ya lejos, tomó la carretera...

William, meditando las palabras de su amigo, que ya dormía de nuevo, se levantó, se puso el pantalón y, sin calzarse para no hacer ruido con los zapatos, entró en la casa, despacio, y fué hacia la habitación donde Nora había pasado la noche. En seguida descubrió la carta de ella. La cogió, emocionado. La leyó, rápido. Decía: «Amigo Darcey: Espero que sabrá dispensar mi precipitada marcha. Acepte estas líneas como expresión de mi gratitud y admiración por su caballerosidad, que no olvidaré nunca.—*Nora Berter.*»

—No debe estar muy lejos—pensó William.

Y, tal como estaba, sin cuidarse de ponerse la americana ni los zapatos, atravesó la casa corriendo y, sin despedirse de Roberto, saltó al automóvil y partió en busca de Nora, a la que ya amaba tierna y apasionadamente.

Poco después de salir de la hacienda, divisó a Nora en una revuelta del camino, marchando a toda prisa. Aumentó él la velocidad del auto. En seguida la alcanzó. Nora se había apartado a un lado de la carretera. El llegó hasta ella, atravesó el auto como para impedirla continuar andando y bajó. Se acercó a ella tímidamente y exclamó con voz quebrada por la emoción:

—¡Señorita, divina señorita! ¿Quiere usted casarse conmigo?

Nora le miró fijamente. Luego, sin poder ocultar lo que pensaba, se acercó a él. Inconscientemente, se sintieron empujados el uno hacia el otro. Y no supieron resistir. En medio de la carretera, en aquella mañana serena, se dieron su primer abrazo, fervoroso, de amor.

III

Algunos días después, William y Nora, recién casados, preparaban su viaje de boda. Estaban en la casa que William tenía en la ciudad y todo estaba en ella reyuelto, como en vísperas de la partida: maletas, baúles, ropas, todo andaba de cualquier modo. Nora iba llenando las maletas que habían de llevarse y poco a poco desaparecían, bien guardadas en ellas, las ropas. Renacía, pues, por virtud de sus cuidados, el orden. William, a su lado, la miraba y, de cuando en cuando, la besaba cariñosamente. Se veía que eran muy felices, que estaban muy contentos de estar juntos y muy satisfechos por el viaje que iban a emprender.

William se arregló un poco, como para salir, y dijo a Nora:

—Salgo un momento, tan sólo para llegarme al Banco. Ya sabes que he mandado llamar a Roberto. Si viene, oblégale a que nos acompañe en nuestro viaje.

—Haré cuanto pueda por lograrlo.

—Adiós, pues.

Se besaron nuevamente y William salió.

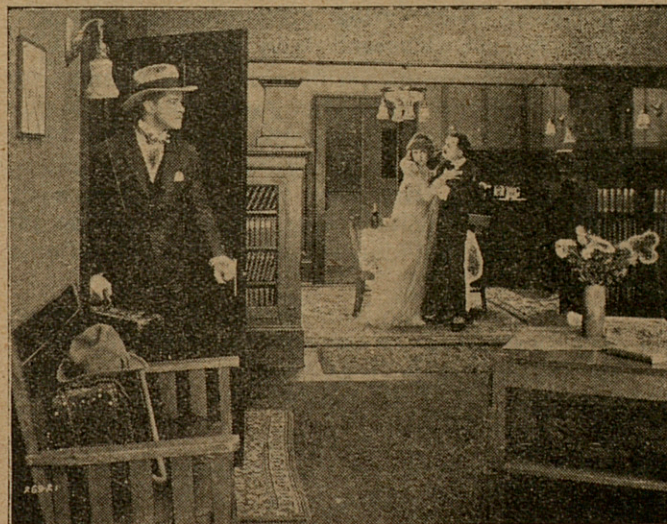
Nora continuó su tarea. Luego pasó a otra habitación para ordenar alguna cosa. Y en aquel momento oyó que alguien entraba en la casa y hablaba con el criado, el cual pasó al visitante a la estancia que Nora acababa de abandonar.

El visitante era un policía. Dijo al criado el motivo de su visita. Y el criado le interrogó:

—¿Que viene usted a detenerle por tentativa de asesinato?

—Sí. La víctima ha sido el agente Penech.

—Pues William no tardará. Puede usted esperarle, si gusta.



—Sí, le esperaré.

Y se sentó. El criado salió, dejándole solo.

Nora, que había oído desde la habitación vecina este diálogo, se puso pálida, pero reaccionando inmediatamente, se puso un sombrero y se lanzó a la calle. Se veía bien claro que salía dispuesta a evitar que detuvieran a su amado.

Entretanto, William había llegado al Banco y,

extendiendo allí mismo un cheque, se acercó a la caja para cobrarlo. Pero el cajero, devolviéndoselo, le dijo:

—Lo siento, Darcey, pero las acciones de la «Gold Mining Co» han dado un bajón terrible y no tiene usted fondos en caja.

—Pero, ¿qué ha ocurrido?—preguntó William.

El cajero, en lugar de contestarle, le entregó un periódico, señalándole en él una noticia cuyo título decía así: «El crach de la «Gold Mining Co».

William apretó el periódico en sus manos con ira. Pero no dijo nada. Luego rompió el cheque que había extendido e hizo otro, contra otros valores, que le fué pagado en seguida. Cogió el dinero y salió decidido. Era bien claro que acababa de concebir un propósito contra Penech, que de tal modo le había estafado. Y hacia la casa del agente dirigió sus pasos.

Allí había ido también Nora, cuando salió de la casa, después de lo que oyó decir al policía.

Se hizo anunciar, y Penech, aunque a regañadientes, la recibió sin tardanza. Una vez en presencia del agente, Nora dijo:

—Vengo para decirle que el señor Darcey es inocente de lo que usted le acusa. Fuí yo la que disparé contra usted.

—¿Usted?

—Sí, yo. Esa es la verdad. Y si no retiráis hoy mismo vuestra demanda criminal contra William, os perseguiré yo por estafa.

—No vaya usted tan de prisa. Convengo en retirar mi demanda. Ahore mismo voy a avisar por teléfono al policía que espera en su casa.

Fué al teléfono y, en efecto, ordenó al policía que podía retirarse. En seguida agregó:

—Pero, ¿por qué se interesa usted tanto por William Darcey?

—¡Es mi marido!

—¿Casada con William? ¡Ah! Sí... después... vamos... de lo que yo supuse...

—Hace usted mal con suponer nada, pues se equivoca...

Nora iba a decir algo más, pero en aquel momento irrumpió en el despacho William, que llevaba del Banco con el periódico en la mano. Al ver allí a su amada, se olvidó del motivo de su visita y, dirigiéndose a ella, preguntó:

—¿Tú aquí, Nora?... ¡Ya lo comprendí todo! ¡Me has engañado! ¡Eres cómplice de este mal hombre!

Nora, a quien no le parecía bien que William supiese a qué había ido allí, no supo, en el primer momento, qué contestar. Por otra parte, la acusación de su amado le hirió profundamente. Sólo, pues, acertó a murmurar:

—Te engañas, William, en tus juicios.

William, sin escucharla, se dirigió a Penech, a quien dijo:

—Sois un vulgar estafador y no merecéis nada más que mi desprecio.

Dicho esto, salió sin despedirse y sin oír que Penech le decía:

—Tendréis que probar esas palabras.

Solos ya Nora y Penech, éste dijo a la joven:

—Hizo usted mal en casarse con William. Es un hombre vehemente y audaz que la hará desgraciada.

Nora no le contestó. Le dirigió una mirada despreciativa y se marchó. Iba deshecha de pena.

Mientras pasaban todas estas cosas, Roberto había llegado a la casa de su amigo William, don-

de no había nadie más que los criados, pues el policía, avisado por Penech, ya se había marchado. Con la premura del viaje, se había precipitado por llegar, lo cual había sido para él bastante perjudicial, pues su enfermedad se agravó considerablemente. La tos, persistente, le atormentaba. En la puerta estuvo durante un rato sin poder entrar. Al fin logró atravesar la puerta. Y en cuanto entró cayó en una silla, rendido, como a punto de expirar. Los criados, alarmados, llamaron al médico de la casa. El cual no tardó en venir. En seguida se puso a reconocer al enfermo. Cuando acabó, entraba en la casa William. Al ver a su amigo en aquel estado y al médico, interrogó:

—¿Qué ocurre? ¿Cómo está? ¿Qué hay que hacer?

—Hace ya tiempo—contestó el médico—que vengo aconsejándoles como único remedio para Roberto respirar el aire seco y cálido del desierto.

Se acercó William a su amigo y cariñosamente le dijo:

—Seguiremos el consejo del doctor. Saldremos hoy mismo para el Oeste. Tú, a buscar la salud, yo, a olvidar mi desengaño.

—Pues ¿qué te pasa?

—Nora me ha engañado.

—No lo creo.

—Desgraciadamente es cierto.

—Te repito que no lo creo. Una mujer como Nora es incapaz de engañar a nadie.

—Bueno. Dejemos ese tema. No nos entendíamos. Salgo a comprar los billetes del expés y vuelvo en seguida.

Salió William. Roberto, que había comprendido lo desgraciado que era su amigo por creerse engañado, y que no creía que Nora fuese capaz de

engañarle, se dispuso a ir a buscarla a ella para enterarse de lo que ocurría. Pero no sabía su dirección. William le había dicho que Penech intervenía en aquello. Penech, pues, le diría dónde hallar a Nora.

Sacando fuerzas de su flaqueza, se incorporó, cogió una pistola y salió a la calle.

Apenas si podía andar, pero el pensamiento de lo que iba a realizar en bien de su amigo le daba ánimos.

Llegó a casa de Penech. Entró en el despacho del agente y dijo a éste:

—Dígame dónde puedo encontrar a la esposa de William Darcey.

—¿Yo?

—Sí, usted.

Y sacando la pistola, agregó:

—Dígamelo, Penech. Considere que estoy condenado a muerte y que nada me importa hacer que se me adelante usted para buscarme alojamiento.

Penech, sin atreverse a decir nada, escribió en un papel la dirección de Nora, y la entregó a Roberto. Y éste, sin despedirse, salió.

Nora, al salir de casa de Penech, había vuelto a su habitación de soltera, en donde, apenas llegó, se echó a llorar desconsoladamente. Llorando estaba aún cuando Roberto llamó a la puerta. Se limpió las lágrimas y fué a abrir. Roberto, entrando, dijo:

—No tema nada, señora...; soy el del pijama, el amigo de William. Comprenda usted que, siendo casi su cuñado, me interesa saber si hay medio de reconciliarles...

Nora contó a Roberto, sin olvidar detalle, todo lo ocurrido. Roberto, cuando ella terminó, dijo:

—Estoy convencido de su inocencia y juro hacer lo posible para que William venga a buscarla.

Dicho esto, Roberto salió. Ya le esperaba impaciente William. El cual no se explicaba la ausencia de su amigo. En vano fueron todos los ruegos de Roberto. William, creyendo culpable a Nora, no atendió las súplicas de su amigo, y ambos partieron para el desierto aquel mismo día, para atender a la salud, hartamente quebrantada, del enfermo.

Pasaron algunos días. Y en su angustiosa soledad, y en su abandono, Nora sólo pensaba en hallar un medio para desenmascarar a Penech. Firme en este propósito, Nora cambia diversas veces de táctica en sus relaciones con el agente, hasta que, viendo que Penech no dejaba de cortejarla, creyó encontrar en esto un motivo para su venganza...

En tanto, William y Roberto recorrían el desierto. Se les murió un burro que llevaban con provisiones. Estaban solos en la inmensidad blanca de nieve. Algunos días Roberto se encontraba muy mejorado. Otros, en cambio, se hallaba a las puertas de la muerte. Se les acabó todo lo que tenían para comer, y estaban muy lejos de todo poblado. Sólo les quedaba un poco de agua, muy poca, y sin esperanza de encontrar más.

La angustia se iba apoderando de ellos, especialmente de William, no por él, sino por Roberto.

Un día, que fué terrible para ellos, Nora, atendiendo ya, simuladamente, los galanteos de Penech, oía de labios de éste las siguientes palabras:

—Olvide usted a Darcey. Deme usted una esperanza y haré de usted una mujer feliz y envidiada...

A aquella misma hora, allá en el desierto, William preguntaba a su amigo:

—¿Estás cansado, Roberto?... Bebamos. Verás como esto te sienta bien. Y descansen un poco.

Se sentaron bajo la sombra propicia de unos arbolillos.

—Ahora, acuéstate, Roberto.

Obedeció éste. Luego dijo:

—¿Sabes lo que estaba pensando, William?... Que hiciste mal en condenar a Nora antes de oírla. ¡Fuiste muy injusto!

—Dejemos eso, te lo ruego—contestó William.

Un momento después, viendo que su amigo dormía, Roberto cogió el cacharro en que aquél llevaba el agua y puso en él la que a él le quedaba, diciendo:

—Me siento muy mal. ¡Poca vida me queda! Regalaré a William el agua, que a mí para nada ha de servirme.

IV

Aquel mismo día, por la tarde, mientras allá en el desierto los dos amigos, realmente, dormían, Nora se entrevistaba nuevamente con Penech, al que iba dando cada vez más esperanzas. La joven estaba vestida con sus mejores galas, como para avivar los deseos del agente. El juego era peligroso, pero Nora estaba dispuesta a hacer confesar a Penech sus culpas, y sólo contaba para lograr este objetivo con los deseos que había despertado en él. Tenía confianza en sí misma para saber que no iría más allá de donde a ella le convenía, y de aquí la libertad con que había emprendido aquel camino, tan difícil de seguir para una mujer.

La belleza natural de Nora, realzada por tantas galas; su encanto, que era mucho; la maravilla de sus ojos, tenían a Penech fuera de sí. Y como ya contaba con que todo aquello iba a ser para él, estaba contentísimo, alegre, satisfecho.

Nora, como si no lo hiciera de propósito, con tono inocente, ingenuo, avivaba las ansias de aquel hombre al que tan hondamente aborrecía.

El, creyendo ya ganada la partida, se acercó a Nora, con claros propósitos de abrazarla.

Pero ella, que estaba prevenida, le rechazó suavemente, diciendo:

—No puedo acceder... No me decido... Venid a

mi casa el jueves, y quién sabe si entonces seréis más afortunado.

Aquello era una cita. Penech lo comprendió así. Iba a ser suya, el jueves, aquella mujer. ¡Alegría! Aquel día era domingo. Faltaban sólo cuatro días. ¿Qué importan cuatro días, cuando después de ellos nos espera la felicidad?

Se despidieron, hasta el jueves...

Penech quedó alegre. Nora salió también muy contenta. Su enemigo, el jueves, sería descubierto.

En tanto, en el desierto, William despertaba, después de unas cuantas horas de sueño, y mirando a su amigo, que aun seguía durmiendo, exclamaba:

—¡Pobre Roberto! ¡Cómo te tiene postrado la maldita fiebre!

Y tuvo el mismo pensamiento que Roberto había tenido horas antes, es decir, el de darle toda el agua que le quedaba.

—Te daré—dijo—toda mi agua, que mucho más que yo te hará servicio.

Cogió para ello su cacharro y el de su amigo, y se dio cuenta de que Roberto se le había adelantado en aquella buena acción. Cambió, pues, toda el agua, diciendo al mismo tiempo:

—¡Ah, pillín! Otra vez, para engañar a tu viejo amigo William, procura ser más listo...

Con los movimientos que William había hecho, despertó Roberto. Pero viendo lo que su amigo hacía, simuló seguir durmiendo, para no darse por enterado. Y a las últimas palabras de William, él, hablando consigo mismo, murmuró:

—Seguiré tu consejo. Otra vez procuraré ser más listo.

Luego se estiró como si acabara de despertar.

En seguida William le dijo:

—Eres incorregible, Roberto. ¿Por qué, si tienes sed, no pruebas el agua?

—Porque me muero, William..., me muero... Y supuesto que voy a morir, conviene que quede más agua para ti... ¿Qué harías tú sin agua, después?

—Te ruego que no hables de morir...

—Es inútil todo. Siento que mi vida se acaba... Por esto, voy a decirte una cosa. Oyeme, William: ¿me concederás lo que voy a pedirte?

—Pide lo que quieras, Roberto.

—Tengo la convicción de que Nora es inocente. Prométeme que la buscarás y oirás sus disculpas.

—Muere tranquilo, mi mejor, mi único amigo. Te prometo que he de buscar a Nora, oirla y perdonarla en nombre de tu santa amistad.

—Júrame que lo harás.

—Te lo juro.

—Gracias. Ahora ya puedo morir.

Como si sólo esperara oír de labios de su amigo este juramento para morir, Roberto, inmediatamente, entró en el período preagónico. Momentos después moría en los brazos de William, que le estuvo consolando con sus frases más cordiales hasta que expiró.

Aquella misma tarde, en un lugar apartado y tranquilo, Roberto recibió sepultura, preparada, con el alma atormentada por el dolor, por William.

Hecho ya esto, William se arrodilló sobre la tierra recién removida, exclamando:

—Que tu recuerdo me dé fuerzas para cumplir el juramento que te he hecho, pobre amigo mío.

Dirigió una última mirada al sitio en que Roberto descansaba ya para siempre y partió, dispuesto a regresar a la ciudad y a buscar sin tardanza a Nora.

Como llevaba tantos días sin alimentarse, casi sin beber, por guardar el agua para el que ya había muerto y destrozado por la seguridad que tenía de que Roberto había de morir, y como además, la pena de esta muerte le atormentaba de un modo horrible, William apenas si tenía fuerzas para andar. Hubo ocasiones en que caminó arrastrándose. Al fin, deshecho, rodó por una pendiente. Por fortuna, al pie de aquella montaña había unos excursionistas que le recogieron y le atendieron. Pudo, a la mañana siguiente, partir para la ciudad...

Y llegó el jueves, el día deseado por Penech y también por Nora... Penech recordaba las dulces palabras de Nora, pronta a sucumbir... Acudió, alegremente, a la cita...

Nora le recibió vestida aún más llamativamente que la vez anterior. Pero antes de que Penech viniese, ella había llamado a dos policías y los había ocultado en la habitación vecina a la en que ella había de estar con el agente, para que escucharan la conversación, o mejor, la confesión que Penech hiciera.

En esta habitación había una mesa preparada, como para un banquete. En cuanto Penech llegó, Nora le invitó a sentarse. Se sentó ella también, frente a él. Y él dijo:

—Seremos muy felices, Nora amada. Nuestros negocios son muy fáciles. Ganamos sumas enormes cuando tropezamos con clientes inexpertos...

—Como William Darcey, por ejemplo, ¿no es cierto?

—Sí. Darcey fué uno de los que he despojado con más arte. Pero no hablemos de negocios hoy, querida... Hablemos de nuestro porvenir... Brindemos por él.

Se alzó con una copa en alto. Nora le imitó. Chocaron las copas...

En este momento se abrió, sin que ellos lo notaran, la puerta de la calle. Quien la abría era William, que acababa de llegar a la ciudad, y que venía dispuesto a cumplir el juramento que había hecho a su amigo momentos antes de que muriera.

Para dolor suyo, lo primero que vieron sus ojos fué el chocar de las copas que alzaban en alto Nora y Penech. Volvió, pues, a cerrar la puerta y a salir transido de pena. Pero como, aunque no lo hubiera confesado a nadie, amaba profundamente a Nora, no supo alejarse.

Dentro, después del brindis, Penech abrazó a Nora. Esta le rechazó. El volvió a insistir. Entonces, ella, no pudiendo ya desasirse de los brazos de él, gritó:

—¡Suéltame, mal hombre! ¡Estafador!

Llegó este grito hasta oídos de William, que empezó a comprender. Y entró en la casa como un ciclón, abalanzándose sobre Penech.

Los policías, viendo lo que ocurría, se dijeron:

—No ha declarado aún, pero creo que si el recién llegado sigue apretándole, conseguirá que declare.

Pero ante el temor de que la cosa pasara a mayores, entraron en escena. Penech, al verlos llegar, gritó:

—¡Sujétenlo, sujétenlo! Declaro que soy culpable y que me obligo a restituirle hasta el último céntimo.

Tomaron nota los policías y se lo llevaron.

William, solo ya con la amada, preguntó:

—Dime, Nora: ¿a qué fuiste a casa de Penech?

—A exigirle que retirara su demanda contra ti por tentativa de asesinato.

—¡Oh! ¡Ahora lo comprendo todo! ¡Perdón-

me, Nora! No merezco tu perdón, ya lo sé, pero dudé de ti porque te amaba, porque te amo con locura.

—Cuando se ama, todo debe ser perdonado, y todo lo que se haga por amor merece perdón.

—¡Qué buena eres!

—Te amo, William; eso es todo.

Un abrazo, fuerte, apretado, fervoroso, puso fin al diálogo.

FIN

TITULOS DE LAS NOVELAS PUBLICADAS

1. Robin de los bosques, por Douglas Fairbanks.
- 2. El sello de Cardí, por Betty Blythe. — 3. La agonía de las águilas, por Severin Mars y la Morlay. —
4. La casa del misterio, por Masjoukine y Elena Darly.—5. Día de paga, por Charles Chaplin (Charlot).—
6. Una carrera en Kentucky, por Reginald Denny.—
7. El flirt, por Ellen Percy.—8. Chiquilín y Chiquilín hospiciano, por Jackie Coogan.—9. Theodora, por Rita Jolivet. — 10. ¡Qué tontos son los maridos! por Enid Bennet.—11. Señal de amor, por Mary Pickford. —12. Distracción de millonario, por George Arliss.—
13. La Duquesa Misterio, por Hesperia. — 14. Las apariencias engañan, por María Prevost. — 15. El triunfo de la vía férrea, por Alna Tell.—16. El excéntrico, por Douglas Fairbanks.—17. Amor de antaño, por Doris Keane. — 18. Cobarde en apariencia, por Frank Mayo. — 19. El sello del silencio, por Tsuru Aoki. — 20. Su majestad el americano, por Douglas Fairbanks.—21. La voluntad de un hombre, por Dustin Farnum.—22. Besada, por María Prevost. — 23. Parodia de «Los tres Mosqueteros», por Max Linder.—
24. Retribución, por Gladys Brockwell.—25. Matrimonio accidentado, por Louise Fazenda. — 26. Abnegación de madre, por Louise Calliney. — 27. Hora terrible, por Hesperia.

PRECIO DE CADA EJEMPLAR, 25 céntimos.

Publicaciones Cinematográficas

Colección de 125 retratos-postales de los mejores artistas de la pantalla.

Cada postal fotográfica, 0'20 ptas. La colección completa, franco de portes, 22 ptas.

Magníficas ampliaciones artístico-fotográficas (24 x 30) de los «ases» del cine, a 1'25 ptas. ejemplar, franco de portes.

ARGUMENTOS - NOVELAS DE SERIES CINEMATOGRAFICAS

El hombre sin nombre.—Hermoso tomo en octavo grande, con ilustraciones; extensa lectura relatando en forma de novela la trama de tan interesante serie. Ejemplar, 1'50 ptas.

La hija de la ajusticiada.—Cautivante narración literaria en la que se describe un episodio de la vida íntima de Napoleón. 0'60 ptas. ejemplar.

El Doctor Mabuse. — Obra de intriga, cuyo asunto se desarrolla en la alta sociedad alemana. Lleno de interés hasta su epílogo, en que el bien triunfa de la maldad. 0'50 ptas. ejemplar.

Pedidos acompañando su importe a **Publicaciones Mundial**, Barará, 15. Apartado 925 — Barcelona